

**EL SECRETO DE MARIA
O LA ESCLAVITUD MARIANA**

**por
San Luis M.^a Grignón de Montfort**

Novena edición

**Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com**

CON LICENCIA ECLESIAÍSTICA

ISBN: 978-84-7770-365-5

Depósito legal: M. 3.546-2011

Imprime: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)

EL SECRETO DE MARIA O LA ESCLAVITUD MARIANA

Introducción

Alma predestinada, pongo en tus manos un secreto que me ha enseñado el Altísimo y que no he podido encontrar en libro alguno antiguo ni moderno. Te lo entrego con la ayuda del Espíritu Santo, pero con estas condiciones:

1.^a Que no lo reveles sino a las personas que lo merezcan por sus oraciones, limosnas, mortificaciones, persecuciones y celo por la salvación de las almas.

2.^a Que te empeñes en vivirlo para santificarte y salvarte. Porque la eficacia de este secreto corresponde al uso que se hace de él. ¡Cuidado con cruzarte de brazos! Pues mi secreto se convertiría en veneno y vendría a ser tu condenación.

3.^a Que diariamente des gracias a Dios por haberte revelado este secreto, que no merecías

conocer. Al principio lo apreciarás sólo imperfectamente, dada la multitud y gravedad de tus pecados y el oculto apego que tienes a ti mismo. Con el tiempo, a medida que lo vayas poniendo en práctica en la actividad de cada día, comprenderás su precio y excelencia.

Pero, antes de satisfacer tu natural y precipitado afán de conocer la verdad, recita devotamente, de rodillas, el *Ave, Maris Stella* y el *Veni, Creator Spiritus*, a fin de alcanzar de Dios la gracia de comprender y saborear ese divino misterio...

Teniendo poco tiempo, yo para escribir y tú para leer, te lo diré todo en compendio...

I. El oficio de Maria en la obra de salvación

Nos santificamos con María

Alma, tú que eres imagen viviente de Dios y has sido recatada con la sangre preciosa de Jesucristo, Dios quiere que te hagas santa como El en esta vida y que participes en su gloria por la eternidad.

Tu verdadera vocación consiste en adquirir la santidad de Dios. A ello debes orientar todos tus pensamientos, palabras y acciones, tus sufrimientos y las aspiraciones todas de tu vida. De lo contrario, resistes a Dios, dejando de hacer aquello para lo cual te ha creado y te sigue conservando.

¡Oh! ¡Qué obra tan maravillosa! ¡El polvo se trueca en luz, la fealdad en esplendor, el pecado en

santidad, la creatura en su Creador y el hombre en Dios! ¡Qué obra tan maravillosa!, lo repito. Pero difícil en sí. Más aún, imposible al hombre abandonado a sí mismo. Nadie sino Dios con su gracia, y gracia abundante y extraordinaria, puede realizarla con éxito; la creación del universo no es una obra maestra tan excelente como ésta...

¿Cómo la lograrás? ¿Qué medios vas a escoger para llegar a la perfección a la que Dios te llama? Los medios de salvación y santificación son conocidos de todos; los consigna el Evangelio, los explican los maestros de la vida espiritual, los practican los santos. Son necesarios a cuantos quieren salvarse y alcanzar la perfección. Y consisten en la humildad de corazón, la oración continua, la mortificación universal, el abandono a la Providencia y la conformidad con la voluntad de Dios.

Para poner en práctica todos estos medios de salvación y santificación necesitas absolutamente de la gracia y auxilio divinos. Que —nadie lo duda— se concede a todos, aunque en diversa medida. Digo esto porque, no obstante ser Dios infinitamente bueno, no da a todos su gracia con la misma intensidad. Pero da a cada uno la suficiente. Con fidelidad a una gracia mayor, realizarás grandes acciones; a una menor, las realizarás limitadas. El precio y excelencia de la gracia dada por Dios y acogida por el hombre aquilatan el precio y excelencia de nuestras acciones. Estos son principios incontestables.

Todo se reduce, pues, a encontrar un medio sencillo para alcanzar de Dios la gracia necesaria para hacernos santos. Yo te lo quiero enseñar. Y es que para encontrar la gracia hay que encontrar a María.

Estas son las razones:

Necesitamos a María

1.^a Sólo María ha hallado gracia delante de Dios, tanto para sí como para todos y cada uno de los hombres, a diferencia de los patriarcas y profetas y todos los santos del Antiguo Testamento, que no pudieron encontrarla.

2.^a María dio el ser y la vida humana al Autor de toda gracia. Por esto se la llama la *Madre de la gracia*.

3.^a Dios Padre, fuente esencial de todo don perfecto y de toda gracia, al darle su propio Hijo, entregó a María todas las gracias. De suerte que —como dice San Bernardo— en Cristo y con Cristo le ha entregado Dios su propia voluntad.

4.^a Dios la escogió como tesorera, administradora y dispensadora de todas sus gracias. De suerte que El las comunica, junto con sus dones, a los hombres con la colaboración de María. Y, según el poder que Ella ha recibido de Dios —en expresión de San Bernardino—, reparte a quien quiere, como quiere, cuando quiere y cuanto quiere las gracias del

Padre, las virtudes del Hijo y los dones del Espíritu Santo.

5.^a Así como, en el orden natural, todo niño necesariamente tiene un padre y una madre, del mismo modo, en el orden de la gracia, todo verdadero hijo de la Iglesia debe tener a Dios por Padre y a María por Madre. Y quien se jacte de tener a Dios por Padre, pero no muestra hacia María la ternura de un verdadero hijo, no será más que un impostor, cuyo padre es el demonio...

6.^a María ha formado a Jesucristo, Cabeza de los predestinados. Por tanto, Ella debe también formar los miembros de esta Cabeza que son los verdaderos cristianos. Pues una madre no da a luz la cabeza sin los miembros, ni los miembros sin la cabeza. Por consiguiente, quien quiera ser miembro de Jesucristo, lleno de gracia y de verdad, debe dejarse formar en María por la gracia de Jesucristo. Quien reside en ella en plenitud para ser comunicado en plenitud a los miembros auténticos de Jesucristo, que son también hijos de María.

7.^a El Espíritu Santo se desposó con María, y en Ella, por Ella y de Ella produjo a Jesucristo, su obra maestra, la Palabra encarnada. Dado que no la ha repudiado, continúa produciendo todos los días a los predestinados en ella y por ella, de manera real, aunque misteriosa.

8.^a María ha recibido de Dios un dominio especial sobre los predestinados para alimentarlos y hacerlos creer en Dios. San Agustín llega a decir

que en este mundo todos los predestinados se hallan encerrados en el seno de María y que no nacen definitivamente hasta que esta buena Madre los da a luz para la vida eterna. Por consiguiente, así como un niño saca todo su alimento de la madre, que se lo da proporcionado a su debilidad, del mismo modo los predestinados sacan todo su alimento y fuerza espirituales de María.

9.^a Dios Padre ha dicho a María: *Hija mía, pon tu tienda en Jacob*; es decir, pon tu morada en mis predestinados, prefigurados por Jacob. Dios Hijo ha dicho a María: *Madre querida, entra en la heredad de Israel*; es decir, en los predestinados. Finalmente, Dios Espíritu Santo ha dicho a María: *Echa raíces, ¡oh, fiel esposa mía!, en el pueblo glorioso*; es decir, en mis elegidos.

Por tanto, María habita en todos los elegidos y predestinados. Está presente en sus corazones, y siempre que se permitan echará en ellos las raíces de una profunda humildad, de una caridad ardiente y de todas sus virtudes...

Por María nos transformamos

10.^a San Agustín llama a María molde viviente de Dios. Y, en efecto, lo es. Quiero decir que sólo en Ella se formó Dios como hombre perfecto, sin faltarle rasgo alguno de la divinidad, y que sólo en Ella se transforma el hombre perfectamente en Dios por

la gracia de Jesucristo, en cuanto lo permite la naturaleza humana.

Un escultor puede sacar una estatua o busto perfecto de dos formas:

1.^a ateniéndose a su pericia, a su fuerza, a su ciencia y a la perfección de sus herramientas y trabajando sobre una materia dura e informe;

2.^a utilizando un molde.

Largo, difícil y expuesto a muchos tropiezos es el primer procedimiento: un golpe mal dado de cincel o de martillo basta con frecuencia para echarlo a perder todo. El segundo, en cambio, es rápido, sencillo, delicado y casi exento de gastos y de fatiga, siempre que el molde sea perfecto y represente con exactitud la figura a reproducir y que la materia utilizada sea maleable y no oponga resistencia a su manejo.

María es el molde maravilloso de Dios, hecho por el Espíritu Santo para formar a la perfección a un Hombre-Dios por la encarnación y para hacer al hombre partícipe de la naturaleza divina mediante la gracia. María es el molde en el cual no hace falta ni un solo rasgo de la divinidad. Quien se arroje en el y se deje moldear, recibirá allí todos los rasgos de Jesucristo, verdadero Dios. Y esto en forma suave y proporcionada a nuestra debilidad, sin grandes trabajos ni angustias; de manera segura y sin peligro de ilusiones, pues el demonio no tuvo ni tendrá jamás

entrada donde esté María; de manera santa e inmaculada, sin rastro alguno de pecado.

Alma querida, hay una gran diferencia entre un cristiano formado en Jesucristo por lo medios ordinarios y que —como los escultores— se apoya en su habilidad personal, y otro enteramente dócil, despegado y disponible, que, sin apoyarse en sí mismo, confía plenamente en María para ser plasmado en ella por el Espíritu Santo. ¡Cuántas manchas, defectos, tinieblas, ilusiones, resabios naturales y humanos hay en el primero! ¡Cuán purificado, divino y semejante a Jesucristo es el segundo!

No hay ni habrá jamás creatura alguna, sin exceptuar a los ángeles y santos del cielo, en donde Dios manifieste su gloria tan perfectamente como en María. Ella es el paraíso de Dios, su mundo inefable, donde el Hijo de Dios ha entrado para realizar obras portentosas, guardarlo y complacerse en él.

Dios creó un mundo para el hombre peregrino: es la tierra; un mundo para el hombre glorificado: es el cielo; un mundo para sí mismo: es María. Ella es un mundo desconocido para casi todos los mortales. Un misterio impenetrable aun para los mismos ángeles y santos del cielo, que, contemplando al Dios trascendente, lejano e inaccesible, tan escondido y oculto en su mundo que es la excelsa María, exclaman día y noche: *¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!*

¡Feliz, una y mil veces en esta vida, aquél a quien el Espíritu Santo descubre el secreto de María para

que lo conozca! ¡Feliz aquel que puede entrar en este *jardín cerrado* y beber abundantemente en esta *fuelle sellada* el agua viva de la gracia.

En esta amabilísima creatura no hallará sino a Dios sólo; un Dios infinitamente santo y trascendente y, a la vez, infinitamente condescendiente y al alcance de nuestra debilidad. Es cierto que Dios está en todas partes: hasta en el infierno se le puede hallar. Pero no hay sitio donde se le pueda encontrar tan cercano y al alcance de la debilidad humana como en María, pues para esto bajó a Ella. En todas partes es el Pan de los fuertes y de los ángeles; pero en María es el Pan de los niños...

María nos une a Dios

Que nadie se imagine, como ciertos falsos iluminados, que María —por el hecho de ser creatura— constituya un obstáculo para la unión con el Creador. Ya no vive María; Cristo, o mejor, Dios sólo, vive en Ella. Su transformación en Dios supera a la de San Pablo y a la de los demás santos más de cuanto se eleva el cielo sobre la tierra.

María está totalmente orientada hacia Dios. Lejos de retenernos para sí, nos encamina hacia Dios y nos une con El tanto mas íntimamente cuanto más nos acercamos a Ella. María es el eco admirable de Dios. Que cuando alguien grita «María», responde «Dios», y que, cuando —con

Santa Isabel— la proclamamos dichosa, responde glorificando a Dios.

Si los falsos iluminados, tan miserablemente engañados por el demonio hasta en la oración, hubieran sabido encontrar a María, y por María a Jesús, y por Jesucristo al Padre, no hubieran sufrido tan lamentables caídas. Quien una vez ha encontrado a María, y por María a Jesús, y por Jesús al Padre, ha encontrado —como dicen los santos— todos los bienes, sin excepción alguna; toda la gracia y amistad de Dios, la plena seguridad contra los enemigos de Dios, la verdad completa para combatir el error, la facilidad absoluta y la victoria definitiva en las dificultades del camino de la salvación, la dulzura y el gozo colmados en medio de las amarguras de la vida.

No significa esto que quien haya encontrado a María gracias a una verdadera devoción hacia Ella viva exento de cruces y sufrimientos. ¡Al contrario! Tendrá más que los otros. Porque María, la Madre de los vivientes, hace participar a sus hijos del árbol de la vida que es la cruz de Jesucristo. Pero, al repartirles grandes cruces les comunica también la gracia de cargarlas con paciencia y hasta con alegría. De manera que las cruces que Ella da a los suyos son —por decirlo así— golosinas o cruces almibaradas y no cruces amargas. Y si por algún tiempo estos amigos de Dios deben necesariamente beber el cáliz de la amargura, el consuelo y la alegría que reciben de su bondadosa Madre —después de la

tristeza— les animan inmensamente a cargar con cruces aún más pesadas y amargas.

Conclusión

El problema consiste, pues, en encontrar de verdad a la excelsa María para hallar la abundancia de todas las gracias.

Dueño absoluto de todo, Dios puede comunicar directamente lo que de ordinario sólo concede por medio de María. Más aún, negar que así lo haga algunas veces sería temerario. Pero, según el orden establecido por la divina Sabiduría —como dice Santo Tomás—, Dios no se comunica de ordinario a los hombres, en el orden de la gracia, sino por medio de María.

Para llegar hasta Dios y unirse a El es indispensable utilizar el mismo instrumento escogido por El para descender hasta nosotros, hacerse hombre y comunicarnos sus gracias. Esto se realiza mediante una verdadera devoción a la Santísima Virgen.

II. La verdadera devoción a María o santa esclavitud de amor

Existen en realidad varias formas de verdadera devoción a la Santísima Virgen; no te hablo ahora de las falsas.

La primera consiste en cumplir nuestros deberes

cristianos, evitando el pecado y obrando más por amor que por temor, implorando de tiempo en tiempo a la Santísima Virgen, y honrándola como a Madre de Dios, pero sin manifestar devoción especial hacia Ella.

La segunda consiste en alimentar una profunda estima, amor, confianza y veneración hacia la Santísima Virgen. Actitudes que se manifiestan en hacerse inscribir en las cofradías del Santo Rosario y del Escapulario, alistarse en las asociaciones marianas. Esta forma de devoción, al excluir de nuestra vida el pecado, es buena, santa y laudable. Pero no es tan perfecta ni logra liberarnos de todo apego terreno, ni de todo egoísmo para unirnos a Jesucristo.

La tercera es conocida y vivida por muy pocas personas. Es la que te quiero revelar ahora.

Consiste en consagrarse totalmente, en calidad de esclavo, a María, y por Ella a Jesucristo. Te comprometes, por tanto, a hacerlo todo con María, en María, por María y para María.

Explico mis palabras.

¿Cómo hacer la consagración?

Escogerás un día importante para entregarte, consagrarte y sacrificarte voluntariamente y por amor —no por obligación— totalmente y sin reserva alguna, en cuerpo y alma, con tus bienes exteriores de fortuna, tales como casa, familia y

renta; con tus bienes interiores del alma, a saber: méritos, gracias virtudes y satisfacciones.

Como puedes darte cuenta, esta consagración a Jesús por María incluye la renuncia a cuanto más aprecias. Es un sacrificio no exigido por ningún instituto ni orden religiosa. Y consiste en la renuncia al derecho de disponer de ti mismo y del valor espiritual de tus plegarias, limosnas, mortificaciones y satisfacciones. Dejándolo todo a disposición absoluta de la Santísima Virgen, quien puede aplicarlo, según su voluntad, para la mayor gloria de Dios, que sólo Ella conoce perfectamente.

Dejas a disposición de María todo el valor satisfactorio e impetratorio de tus buenas obras. En forma que, después de haber consagrado —sin que a ello te obligues por voto—, ya no puedes disponer autónomamente de dicho valor: la Santísima virgen puede aplicarlo para aliviar o liberar un alma del purgatorio o convertir algún pecador.

¡Sí! Confías a la Santísima Virgen tus propios méritos para que te ayude a conservarlos, aumentarlos y embellecerlos. No para que los distribuya, pues los méritos de la gracia santificante y de la gloria son incommunicables...

María podrá, en cambio, aplicar a quien lo desee el valor satisfactorio e impetratorio de todas tus oraciones y buenas obras. Si después de estar consagrado en esta forma a María quieres aliviar a un alma del purgatorio, orar por la salvación de un pecador o por un amigo, y aplicar a estas intencio-

nes tus plegarias, limosnas, mortificaciones y sacrificios, puedes hacerlo, pidiéndolo humildemente a María y conformándote a su voluntad, aunque no la conozcas. Persuadido de que María, escogida por Dios para comunicarnos sus gracias y dones, no podrá menos de aplicar el valor de tus acciones a la mayor gloria de Dios.

He dicho que esta devoción consiste en entregarte a María en calidad de esclavo. Es preciso advertir que hay tres clases de esclavitud.

La primera es la esclavitud natural: buenos y malos son esclavos de Dios de esta forma.

La segunda es la esclavitud forzada: demonios y condenados son así esclavos de Dios.

La tercera es la esclavitud de amor y voluntad. Con ésta debemos consagrarnos a Dios por María, del modo más perfecto en que una creatura puede entregarse a su Creador.

Date cuenta, además, de que hay mucha diferencia entre *criado* y *esclavo*. El criado pide paga por sus servicios; el esclavo, no. El criado es libre de abandonar a su señor y sólo se compromete con él por tiempo determinado; el esclavo se compromete con él de tiempo completo y para siempre. El criado no concede a su señor derecho de vida y muerte sobre su persona; el esclavo se entrega totalmente a su amo, de suerte que éste podría hacerle morir sin que le inquiete la justicia.

Pero fácilmente puedes ver que el esclavo forzado vive en la más estrecha de las sujeciones. Tal, que

sólo puede convenir al hombre respeto de su Creador. Por ello no hay tales esclavos entre los cristianos. Sólo se dan entre turcos e idólatras.

¡Feliz, una y mil veces, el que, después de haber sacudido en el bautismo la tiránica esclavitud del demonio, se consagra a Jesús por María, como esclavo de amor!

Es la mejor manera de santificarse

Muchas luces necesitaría yo para describirte con exactitud la excelencia de esta forma de espiritualidad. Me contentaré con exponer brevemente lo que sigue:

1.^o Consagrarse así a Jesús por María es imitar al mismo Dios. El Padre, en efecto, nos ha dado su Hijo, y continúa dándonos sus gracias solamente por María. El Hijo sólo ha venido a nosotros por María; con su ejemplo nos invita a ir a El por la misma persona que lo ha traído al mundo, que es María. El Espíritu Santo nos comunica sus gracias y carismas solamente con la intervención de María. ¿No es, acaso, justo que «la gracia vuelva a su autor —como dice San Bernardo— por el mismo canal por donde vino a nosotros»?

2.^o Ir a Jesús por María es honrar verdaderamente a Jesucristo, ya que así reconoceremos que, a causa de nuestros pecados, no somos dignos de acercarnos por nosotros mismos a su infinita santi-

dad. Y que necesitamos acudir a María, su santísima Madre, para que Ella sea nuestra abogada y mediadora ante El. Es, al mismo tiempo, acercarnos a Jesucristo como a nuestro mediador y hermano y humillarnos ante El como ante nuestro Dios y supremo juez. En una palabra: equivale a practicar la humildad, que arrebató siempre el corazón de Dios.

3.º Consagrarse así a Jesús por María es colocar en manos de la Santísima Virgen tus buenas acciones. Que por dignas que te parezcan, quedan siempre manchadas e indignas de que Dios las mire y acepte, ya que ante El no son puras ni las mismas estrellas.

¡Ah! Pidamos a nuestra bondadosa Madre y Señora que acepte nuestra humilde ofrenda, la purifique, satisfique, perfeccione, embellezca y haga digna de Dios.

Para conseguírnos la amistad y gracia de Dios, el Padre de familia, todos los haberes de nuestra alma son menos de lo que sería para un rey la manzana agusanada que para pagar el arriendo presentara un pobre colono del soberano. ¿Qué haría el pobre hombre si fuera listo y tuviera cabida ante la reina? Acudiría a ella, que —llena de bondad para con el pobre campesino y de respeto para con el rey— embellecería la fruta quitándole lo dañado y colocándola entre flores en una bandeja de oro. ¿Cómo no aceptaría el rey condescendiente y hasta gustosamente, de mano de la reina, el obsequio de su

arrendatario?... «Si quieres ofrecer algo a Dios —dice San Bernardo—, procura presentarlo por manos de María si no quieres ser rechazado.»

¡Ah! ¡Dios mío! ¡Qué poco es lo que hacemos! Pero pongámoslo en manos de María mediante esta devoción. Que así, habiéndonos entregado a la Santísima Virgen en la forma más completa, Ella, que es infinitamente más generosa, «por un huevo te dará un buey» —según el dicho popular—; en otras palabras: se comunicará a nosotros íntegramente con sus virtudes y méritos; colocará nuestras ofrendas en la bandeja de oro de su caridad; nos revestirá —como Rebeca a Jacob— con los hermosos vestidos de su primogénito y único Hijo, Jesucristo, es decir, con los méritos de Jesús, que se hallan a su disposición. En esta forma, como servidores y esclavos suyos, después de habernos despojado de todo para honrarla, tendremos *doble vestidura*; trajes, galas, perfumes, méritos y virtudes de Jesucristo y de María en el alma de un esclavo de Jesús y de María, desnudo de sí mismo y fiel en su desnudez.

4.º Consagrarse así a la Santísima Virgen es ejercitar, en el más alto grado, el amor fraterno. Porque ofrecerte totalmente como esclava suya es entregarle lo que más aprecias para que disponga de ello, según su voluntad, en favor de nuestros hermanos vivos y difuntos.

5.º Viviendo nuestra consagración a María, aseguramos nuestras gracias, méritos y virtudes, constituyendo a María en depositaria nuestra y dicién-

dole: «Acepta, querida dueña mía, todo lo bueno que he podido hacer, con la gracia de tu amado Hijo. Soy incapaz de conservarlo, dadas mi debilidad e inconstancia y el gran número y malicia de los enemigos que me atacan día y noche. Todos los días veo caer en el fango los cedros del Líbanoy convertirse en aves nocturnas las águilas que volaban en torno al sol. Mil justos caen a mi izquierda, diez mil a mi derecha... ¡Conserva mis bienes, que no me saqueen! ¡Tenme, que no caiga! ¡Defiende a quien se ha consagrado a ti! Yo te conozco bien, y en ti confío; eres la Virgen fiel a Dios y a los hombres, y no dejarás perder nada de cuanto se te confía; tú eres poderosa, y nadie podrá hacerte daño ni arrebatarte lo que posees.»

San Bernardo expresa todo esto con estas palabras: «Siguiéndola, no te extravías; implorándola, no pierdes la esperanza; pensando en ella, no yerras; si ella te sostiene, no caes; si te protege, no tienes que temer; si te guía, no te cansas; si te es propicia, llegas seguro al puerto».

Y en otro lugar: «María aplaca la ira de su Hijo; no deja al diablo hacerte daño; conserva las virtudes para que no se escapen; guarda los méritos para que no se pierdan; conserva la gracia para que vivas en ella».

Esta devoción es un medio seguro para conservar y aumentar en nosotros la gracia de Dios. ¡Y este solo motivo es más que suficiente para entusiasmarlos por ella!

6.º Esta devoción nos hace verdaderamente libres, con la libertad de los hijos de Dios. María recompensa a quien por amor se consagra a Ella en calidad de esclavo, ensanchándole y dilatándole el corazón y haciéndole caminar a pasos de gigante por el camino de los mandamientos divinos. Ahuyenta el disgusto, la tristeza y el escrúpulo. El Señor mismo enseñó esta consagración a la Madre Inés de Jesús, muerta en olor de santidad, como medio seguro para liberarse de sus grandes penas y perplejidades. «¡Hazte esclava de mi Madre —le dijo— y vistela cadenilla!» Hízolo así, y al momento cesaron sus inquietudes.

Para mostrar el valor de esta devoción conven-
dría transcribir todas las bulas e indulgencias de los
papas y los decretos de los obispos en su favor, las
cofradías establecidas en su honor, el ejemplo de
muchos santos y grandes personajes que la han
practicado. Pero todo esto lo paso en silencio...

Práctica interior de la santa esclavitud

Como he dicho antes, esta devoción consiste en
hacerlo todo con María, en María, por María y
para María.

No es suficiente que te consagres a María en cali-
dad, de esclava una vez para siempre, ni aun que
renueves la consagración cada mes o cada semana.
Devoción bien pasajera sería ésta, incapaz de lle-
varte a la perfección a que puede conducirte. Por-

que no es muy difícil alistarse en las cofradías, abrazar esta devoción y recitar diariamente algunas oraciones vocales prescritas. La dificultad sería se halla en entrar en el espíritu de esta devoción, que te colocará en actitud de absoluta disponibilidad y esclavitud respecto de María y, por Ella, de Jesucristo.

Muchas personas he hallado que hicieron con entusiasmo admirable su consagración, pero sólo exteriormente. Pocas, en cambio, han asimilado su espíritu, y aún menos numerosas son las que han perseverado en él.

1.º La práctica esencial de esta devoción consiste en realizar todas las acciones con María, es decir, en tomar a la Santísima Virgen como el modelo acabado de tus acciones.

Para ello, antes de obrar debes renunciar a tu egoísmo y a tus mejores puntos de vista, anonadarte ante Dios, consciente de tu incapacidad para todo bien sobrenatural y para toda acción útil a tu salvación. Tienes que recurrir a la Santísima Virgen y unirte a sus intenciones, aunque no las conozcas; participar por María en las intenciones de Jesucristo, es decir, entrar en sintonía con su voluntad y en armonía con sus disposiciones, para que Ella obre en ti y haga de ti lo que mejor le parezca a mayor gloria de su Hijo Jesucristo y del Padre del cielo. No hay, pues, vida interior ni acción espiritual posibles que no dependan de Ella.

2.º Tienes que obrar siempre y hacerlo todo en María, es decir, irte acostumbrando a recogerte dentro de ti para formar allí como un esbozo o imagen espiritual de la Santísima Virgen.

María será el santuario donde encuentres a Dios por la oración, sin temor a que te rechacen; será la torre de David, que te defenderá de tus enemigos; la lámpara encendida, que iluminará tu espíritu y te inflamará en el amor de Dios; la recámara sagrada donde Dios se te revele; finalmente, María será tu único todo ante Dios, tu recurso universal. Si oras, será en María; si recibes la sagrada eucaristía, la pondrás en María para que se complazca en ella. Hagas lo que hagas, será siempre en María, llegando así a liberarte del egoísmo.

3.º Debes acudir siempre a nuestro Señor por medio de María, confiado en su intercesión y poder ante su Hijo...

4.º Tienes, finalmente, que obrar en todo para María, es decir, que siendo esclavo de tan augusta Princesa no trabajes sino para Ella, para su gloria y honor, y por intermedio suyo, para gloria de Dios. Renunciarás, pues, a los fines que te inspira el egoísmo —que muy frecuentemente y sin que lo adviertas se toma a sí mismo por meta de tus acciones— y repetirás con frecuencia desde el fondo del corazón: «Por ti, amada Reina mía, voy acá o allá, hago esto o aquello, sufro esta pena o aquella injuria.»

Tres advertencias importantes

Guárdate mucho, alma predestinada, de creer que es más perfecto ir directamente a Jesucristo o a Dios Padre en tus obras e intenciones. Estas serán de escaso valor si quieres llegar a ellos sin María. Pero, yendo por Ella, ya no serán cosa tuya, sino obra de María en ti, y, por consiguiente, muy excelente y digna de Dios.

Guárdate mucho, además, de hacerte violencia para sentir y gustar lo que dices y haces. Habla y obra con la fe viva que guió a María durante su vida terrena, y que Ella te comunicará cada vez más. Deja a tu Soberana, humilde esclava del Señor, la visión clara de Dios, los éxtasis, goces, delicias y riquezas espirituales. Toma para ti el camino de la fe pura, lleno de dificultades, distracciones, fastidio y sequedad. Di «Amén», «Sí», a cuanto hace María, mi Reina, en el cielo; para mí es lo mejor que puedo hacer ahora...»

Guárdate mucho también de atormentarte si no gozas en seguida de la dulce presencia de la Santísima Virgen en tu interior. Es una gracia que no concede a todos. Y, si alguien la recibe del Dios misericordioso, la puede perder con facilidad si no es fiel al silencio interior. Si te ocurre semejante desgracia, vuélvete dulcemente a tu Soberana y pídele perdón por tu infidelidad.

Maravillosos frutos de esta consagración

Infinitamente más de lo que aquí te digo es lo que te enseñará la experiencia y lo que encontrarás por ti mismo. Si eres fiel en lo poco que te enseño, hallarás tantas riquezas y gracias en la práctica, que quedarás sorprendida y rebosante de dicha...

Trabajemos, pues, alma querida, y obremos de tal manera que, fieles a esta práctica de devoción, se realice en nosotros lo que dice San Ambrosio: «Que el alma de María habite en nosotros para engrandecer al Señor, que el espíritu de María permanezca en nosotros para regocijarse en Dios». Y lo que añade el abad Guerrico: «No creas que haya mayor felicidad en morar en el seno de Abrahán —que se llama paraíso— que en el seno de María, donde el Señor ha colocado su trono».

Esta consagración, vivida con fidelidad, produce en el alma infinidad de efectos. Pero el principal es hacer que María viva de tal modo en ti que ya no vivas tú, sino María en ti, que el alma de María —por decirlo así— venga a ser tu propia alma.

Cuando María, por una gracia inefable, pero real, reina en tu corazón, ¡qué maravillas no realiza allí! Ella efectúa portentos especialmente en el corazón; trabaja secretamente en el corazón sin que tú mismo te des cuenta. Que, si lo advirtieras, echarías a perder tanta belleza...

Siendo María, en todo lugar, la Virgen fecunda, cuando habita en una persona hace brotar en ella la

pureza de cuerpo y alma, de las intenciones y proyectos, y la fecundidad de las buenas obras. No creas, alma querida, que María, la más fecunda de todas las creaturas —pues llegó a engendrar al Hijo de Dios— permanezca ociosa en quien le es fiel. Ella te llevará a una vida de perseverante comunión con Jesucristo y hará que El viva en ti, conforme a la palabra de San Pablo: *Hijos míos, otra vez me causais dolores de parto hasta que Cristo tome forma en vosotros.*

Jesús es el fruto de María para todos y cada uno de nosotros; mas para el cristiano que la ha acogido a Ella en su interior, Jesús es el fruto y obra maestra de la Santísima Virgen.

María viene, finalmente, a ser indispensable para esta alma en sus relaciones con Jesucristo: Ella le ilumina el espíritu con su fe, le ensancha el corazón al infundirle su humildad, le dilata e inflama con su caridad, le purifica con su pureza, le ennoblece y engrandece con su maternidad.

Pero ¿adónde voy a parar? Sólo la experiencia te enseñará las maravillas que María realiza. Maravillas que parecen increíbles a los sabios y orgullosos y aun a los cristianos practicantes...

La consagración a María en estos últimos tiempos

Por medio de María vino Dios al mundo la primera vez, en humildad y anonadadamente. ¿No se podrá decir que por medio de María vendrá la

segunda vez, como lo espera toda la Iglesia, para reinar en todas partes y juzgar a vivos y muertos? ¿Cómo y cuándo? ¿Quién lo sabe?

Pero lo que sí sé es que Dios, cuyos pensamientos se elevan sobre los nuestros más que el cielo sobre la tierra, vendrá en el tiempo y modo menos esperados por los hombres, incluso los más sabios y entendidos en la Sagrada Escritura, que al respecto es muy oscura.

Pero es de creer, además, que, al final de los tiempos —y quizás más pronto de lo se piensa—, Dios suscitará grandes hombres, llenos del Espíritu Santo y del espíritu de María. Hombres por medio de los cuales esta excelsa Soberana llevará a feliz término empresas maravillosas para destruir el pecado y establecer el reino de Jesucristo sobre el del mundo corrompido. Estos santos personajes alcanzarán un éxito total por medio de esta consagración a la Santísima Virgen, que sólo describo a grandes rasgos, empequeñeciéndola con mis limitaciones...

Prácticas exteriores de esta consagración

Fuera de la actitud interior que acabo de describir, hay prácticas exteriores que no se deben emitir ni despreciar...

La primera consiste en consagrarse totalmente a Jesucristo, en un día importante, por manos de

María, de quien te haces esclava. Para ello comulgarás en ese día y lo dedicarás a la oración. Al menos cada año, en el aniversario de haberlo pronunciado, renovarás el acto de consagración.

La segunda consiste en ofrecer anualmente, en la misma fecha, algún obsequio a la Santísima Virgen, como signo de dependencia y disponibilidad a su servicio. Tal fue el homenaje de los esclavos a sus señores. Dicho obsequio puede consistir en una mortificación, limosna, peregrinación o plegaria.

El Beato Marino —según testimonio de su hermano, San Pedro Damiano— se disciplinaba públicamente en el aniversario de su consagración ante el altar de la Santísima Virgen. No pido ni aconsejo tanto fervor. Pero, aunque no sea mucho lo que des a María, preséntalo con humildad y agradecido corazón...

La tercera consiste en celebrar todos los años con especial devoción la fiesta de la Anunciación. Es la fiesta principal de quienes viven en esta devoción, establecida para honrar e imitar la sumisión que el Verbo eterno eligió precisamente en este día por amor nuestro...

La cuarta consiste en la recitación diaria —no hay pecado si se la omite— de la coronilla de la Santísima Virgen (compuesta de tres padrenuestros y doce avemarías), y también en la recitación frecuente del *Magnificat*, único cántico que poseemos de María, para dar gracias a Dios por sus beneficios y obtener otros nuevos. No dejes de recitarlo, sobre

todo a manera de acción de gracias después de la sagrada comunión, como lo hacía la Virgen misma, según opina el sabio Gersón.

La quinta consiste en llevar al cuello, en el brazo, el pie o la cintura, la cadenilla bendita. Práctica que puede omitirse sin perjuicio de lo esencial. Aunque sería pernicioso despreciarla o condenarla, y ciertamente perjudicial el descuidarla...

Esas son las razones de llevar esta señal exterior: 1.^a, para librarnos de las funestas cadenas del pecado original y actual que nos ha esclavizado; 2.^a, para honrar las cadenas y ataduras amorosas con las que el Señor quiso dejarse atar a fin de hacernos verdaderamente libres; 3.^a, para hacernos recordar que sólo debemos obrar movidos por el amor; se trata, en efecto, de *ataduras de amor*; 4.^a, para recordar nuestra absoluta dependencia de Jesús y María en calidad de esclavos.

Muchos grandes personajes que se hicieron esclavos de Jesús y de María estimaron tanto estas cadenas, que se quejaban de que no se les permitiera arrastrarlas públicamente, como hacen los esclavos de los turcos.

¡Oh cadenas más preciosas y gloriosas que los collares de oro y pedrería de los emperadores, pues nos ligan a Jesucristo y a su Santísima Madre y son su marca y librea! Sean de plata o de hierro —la comodidad recomienda que sean de estos metales—, no deben dejarse nunca durante la vida, para que nos acompañen hasta el día del juicio. ¡Qué gozo,

qué gloria, qué triunfo para el esclavo fiel, cuando el sonido de la trompeta resucite adornado todavía con esta cadena, que, probablemente, no se habrá gastado aún! Este solo pensamiento bastaría para animar poderosamente al piadoso esclavo a no dejarla nunca, por incómoda que pueda parecerle.

Oración a Jesucristo

Amable Jesús mío, gracias por haberme concedido consagrarme a tu Santísima Madre, por la devoción de la santa esclavitud, a fin de que ella sea mi abogada ante tu majestad, el suplemento universal de mi profunda miseria.

¡Ay, Señor! ¡Débil como soy, sin Ella ya hubiera naufragado en mis pecados! Sí, María me hace falta ante ti y en todas partes: para calmar tu justa cólera, pues te he ofendido tanto; para detener el justo y eterno castigo que merezco; para poder mirarte, hablarte, implorarte, acercarme a ti y darte gusto; para salvarme y salvar a los demás; en una palabra, para hacer siempre tu santa voluntad y procurar en todo tu mayor gloria.

¡Cómo quisiera, oh Jesús, publicar, ante todas las criaturas, tu gran misericordia en favor mío! ¡Y hacer que todo el mundo reconozca que, a no ser por María, hace tiempo estaría yo condenado! ¡Y agradecerte dignamente un favor tan inmenso!

¡María está conmigo! ¡Qué tesoro! ¡Qué consuelo! ¡Cómo no pertenecerte totalmente de hoy en

adelante! ¡Qué ingratitud sería la mía! ¡Preferiría la muerte!

¡Mil y mil veces —como San Juan ante la cruz— he aceptado a María por tu don más precioso! ¡Y cuántas veces me he consagrado a Ella! Aunque todavía no conforme a tus deseos. Por ello la acepto ahora, como tú lo quieres, ¡jamado Jesús mío! Y si ves en mí algo que no pertenezca a tan augusta Princesa, arráncalo y arrójalalo de mí; pues, si no es digno de Ella, tampoco lo es de Ti.

Al Espíritu Santo

¡Oh Espíritu Santo! Concédeme todas las gracias: planta, riega y cultiva en mí el verdadero árbol de vida que es la amabilísima María, para que crezca y dé flores y frutos en abundancia. ¡Oh Espíritu Santo! Concédeme amar y venerar mucho a María, tu Esposa fidelísima; apoyarme en su amparo maternal y recurrir a su misericordia en toda circunstancia, a fin de que con Ella formes perfectamente en mí a Jesucristo, grande y poderoso, hasta la plena madurez espiritual. Amén.

A la Virgen María

Dios te salve, María, Hija predilecta del Padre eterno; Dios te salve, María, Madre admirable del Hijo; Dios te salve, María, Esposa fidelísima del

Espíritu Santo. Dios te salve, María, Madre mía querida, mi amable Señora y poderosa Soberana. Dios te salve, mi gozo y mi corona, mi corazón y mi alma. Tú eres toda mía, por misericordia, y yo te pertenezco, por justicia. Pero aún no lo soy suficientemente. Por ello me consagro hoy totalmente a ti en calidad de eterno esclavo, sin reservarme nada para mí ni para los demás.

Si ves aún en mí algo que no sea tuyo, tómallo ahora mismo, hazte dueña absoluta de cuanto tengo; destruye, arranca, aniquila en mí cuanto desagrada a Dios; planta, levanta y realiza cuanto quieras.

Que la luz de tu fe disipe las tinieblas de mi espíritu. Que tu humildad profunda sustituya a mi orgullo. Que tu contemplación sublime encadene las distracciones de mi fantasía vagabunda. Que tu visión no interrumpida de Dios llene con su presencia mi memoria. Que el fuego de tu ardiente caridad encienda la tibieza y frialdad de mi corazón. Que tus virtudes ocupen el lugar de mis pecados y tus méritos sean ante Dios mi ornato y suplemento. En fin, muy querida y amada Madre mía, haz —a ser posible— que no tenga yo más espíritu que el tuyo, para conocer a Jesucristo y su divina voluntad; que no tenga yo más alma que la tuya, para alabar y glorificar al Señor; que no tenga yo más corazón que el tuyo, para amar a Dios con amor puro y ardiente como el tuyo.

No te pido visiones ni revelaciones, ni gustos ni

contentos aun espirituales. Para ti el ver claro y sin tinieblas; para ti el saborear el gozo pleno y sin amarguras; para ti el triunfar gloriosamente a la diestra de tu Hijo en el cielo, sin humillación; para ti el mandar sobre ángeles, hombres y demonios, con poder absoluto y sin oposiciones; para ti, finalmente, el disponer como quieras de todos los bienes de Dios, sin reserva alguna.

Esta es, ¡oh excelsa María!, tu mejor parte que el Señor te ha concedido, y que no te será nunca arrebatada. Lo cual me llena de inmensa alegría. Para mí, en este mundo sólo quiero gozarme en tu alegría, sin consuelo de parte de las creaturas; morir continuamente el egoísmo, sin cansarme jamás; trabajar por ti esforzadamente hasta la muerte, sin interés alguno, como el más ruin de tus esclavos.

Te imploro solamente que, por misericordia, me permitas decir tres *amen*es todos los días y en todos los momentos de mi vida: *amén* a cuanto hiciste en este mundo mientras viviste en él; *amén* a cuanto haces ahora en el cielo; *amén* a cuanto haces en mi alma, para que en ella habites sólo tú a fin de glorificar en plenitud a Jesucristo en el tiempo y en la eternidad. Amén.

Cultivo y crecimiento del árbol de la vida o vida de Cristo en nosotros a través de la consagración a María

1. *La consagración, árbol de la vida*

Alma predestinada, ¿has comprendido, por acción del Espíritu Santo, lo que acabo de decirte? ¡Dale gracias a Dios! Pues se trata de un secreto que casi nadie conoce.

Si has hallado el *tesoro escondido* en el campo de María, la *perla preciosa* del Evangelio, tienes que venderlo todo para comprarlos; tienes que renunciar totalmente a tu egoísmo y perderte dichosamente en María para hallar en Ella a Dios sólo.

Si el Espíritu Santo ha plantado en ti el verdadero árbol de la vida, o sea, la devoción a María que acabo de explicarte, tienes que poner el mayor empeño en cultivarlo para que dé fruto oportuno.

Esta devoción es el *grano de mostaza* de que habla el Evangelio, el cual, siendo al parecer la más pequeña de todas las semillas, crece y eleva tanto su tallo, que las aves del cielo, es decir, los predestinados, anidan en sus ramas, reposan a su sombra durante el calor del sol y en el cual se guarecen de las fieras.

2. *Cómo cultivarlo*

Aquí tienes algunas sugerencias para su cultivo:

1.^o Plantado ya este árbol en un corazón muy fiel, quiere hallarse expuesto a todos los vientos, sin apoyos humanos. Siendo totalmente divino, quiere hallarse siempre lejos de toda creatura que pudiera impedirle llegar hasta Dios, que es su principio. No debes, pues, apoyarte en tu propia habilidad o talentos puramente naturales, ni en el prestigio ni autoridad humanos; recurre siempre a María, apóyate en su socorro.

2.^o Como atento jardinero, debes revisar y cuidar continuamente el árbol en ti plantado, cultivarlo y hacerlo crecer bajo la atenta e ininterrumpida mirada del alma, dado que es un árbol vivo y destinado a dar frutos de vida. Tu ocupación principal, si quieres llegar a la perfección, será pensar en esto con frecuencia.

Tienes que arrancar y cortar los cardos y espinas, que con el tiempo podrían llegar a ahogar el árbol o impedir que dé fruto. Es decir, debes ser fiel en cortar y arrancar, mediante la mortificación y violencia a ti misma, todos los placeres inútiles y las ocupaciones vanas con las creaturas, o sea, mortificar el cuerpo, guardar el silencio interior y dominar los sentidos.

3.^o Debes cuidar de que las orugas no le hagan daño devorando las hojas verdes y destruyendo las hermosas esperanzas de fruto. Estas orugas representan el egoísmo y vida cómoda. De hecho, ¡el egoísmo y el amor a María no se pueden conciliar jamás!.

4.º No dejes que las fieras se acerquen a él. Estas son los pecados, que podrían agostarlo con sólo tocarlo. Ni siquiera debes permitir que lo alcancen con su aliento, es decir, debes alejar los pecados veniales, siempre peligrosos si no les damos importancia...

5.º ¿Quiéres recoger una cosecha abundante? Riega con asiduidad este árbol con la sagrada comunión y demás prácticas de piedad personal y comunitaria.

6.º No te acongojes si el viento lo azota y sacude. Porque es necesario que el viento de las tentaciones sople para derribarlo y que las nieves y heladas le envuelvan para hacerlo morir. Es decir, que esta devoción a la Santísima Virgen tiene que ser necesariamente atacada y objeto de contradicciones. Pero, si perseveras en cultivarla, no tienes que temer nada.

Alma predestinada, te aseguro que, si cultivas así el árbol de la vida recién plantado en ti por el Espíritu Santo, en breve crecerá tanto que las aves del cielo vendrán a morar en él. Será tan perfecto que dará a su tiempo el fruto de honor y de gracia, el amable y adorable Jesús, que es y será siempre el único fruto de María.

¡Feliz el alma en quien ha sido plantado el árbol de la vida que es María! ¡Más feliz aquella en quien puede crecer y florecer! ¡Más feliz aún aquélla en quien puede dar fruto! ¡Pero la más feliz de todas es aquélla que goza de su fruto y lo conserva hasta la

muerte y por los siglos de los siglos! Amén.

Maravillosa es esta doctrina: entiéndala quien pueda.



San Ildefonso fue en el siglo séptimo arzobispo de Toledo y fervorósimo devoto de Nuestra Señora. Compuso en su honor varios libros y oraciones que mandaba a las parroquias de su jurisdicción.

Era tan grande su amor a la Madre de Dios que se pasaba los días en continua oración; y como la Virgen corresponde siempre con los que de veras la aman, no eran pocas las gracias que por su mediación alcanzaba.

Cierto día, después de haber celebrado devotamente Misa de pontifical en honor de Nuestra Señora, y mientras daba gracias por los favores recibidos en la capilla del Santísimo, se dio cuenta de que en el altar mayor, sentada en una silla, había una Señora hermosísima que tenía una preciosa casulla en las manos.

Llamando a Ildefonso, le dijo: «En agradecimiento a lo que procuras honrarme, he venido a ofrecerte este regalo. Toma esta casulla que te pondrás siempre en todos los Oficios que celebres en mi honor...»

ORACION DE SAN ILDEFONSO

(La esclavitud de amor)

¡El más bello honor a mi libertad! ¡El más grande y más magnífico título de nobleza! ¡La más gloriosa y segura garantía de mi grandeza, que acabará en la vida eterna! ¡En mi pobre tristeza, para mi reparación, yo desearía llegar a ser el servidor de la Madre de Mi Señor...! ¡Ansiosamente desearía ser el servidor de la Sierva y Madre de mi Creador!

Como un instrumento dócil entre las manos del Dios Soberano, yo desearía estar ligado al servicio de la Virgen María, consagrado a su servicio. Concédeme, Jesús, Dios Hijo del hombre. Hadme esta gracia, Señor de todas las cosas e Hijo de tu sierva...

Concédeme que yo sirva a tu madre, de modo que Tú mismo me reconozcas por tu servidor; y que Ella sea mi Soberana en la tierra para que tú seas mi Señor por la eternidad.

Ved, mi Señor, con qué impaciencia deseo ser el servidor de esta Soberana; con qué fidelidad me entrego al gozo de su servidumbre; cómo deseo hacerme plenamente servidor de su voluntad; con qué ardor deseo no substraerme jamás a su imperio, y

cuánto quiero no ser nunca arrancado de su servicio. ¡Que pueda yo ser admitido a su servicio, y, sirviéndola, merecer sus favores y vivir para siempre bajo su mandato y amarla por toda la eternidad!

Mi mayor deseo en este mundo es el de ser el servidor de su Hijo, y tener a la Madre por Soberana. Y precisamente, para estar bajo el imperio de su Hijo, yo quiero servirla; para ser admitido al servicio de Dios, quiero que la Madre reine sobre mí como testimonio. Para ser el más fervoroso servidor de su Hijo, aspiro a ser el servidor de la Madre. Pues servir a la Sierva, es también servir al Señor; pues lo que se le da a la Madre se refleja sobre el Hijo, yendo desde la Madre hasta Aquel que Ella ha alimentado, y el Rey ve recaer sobre sí mismo el honor que hace el servidor a la Reina.